

realizar determinadas empresas, y en estos casos, consigna siempre sus dudas; pero no apunta aquellos motivos como suposiciones y conjeturas propias, sino como verdadero material histórico; hay que advertir, sin embargo, que su probidad y su conciencia no le permitían obrar así, si no cuando estaba firmemente persuadido de que en realidad eran estos móviles y no otros los que habían impulsado á obrar á los actores de su drama. Rara vez, en cambio, emite su propia opinión, y más rara vez aún su juicio sobre el mérito ó demérito de las acciones. «Al leer á Tucídides, diríase que no es el historiador sino la misma historia la que habla»; no de otra suerte se ha querido explicar modernamente la impresión que produce la lectura de aquella obra maestra; apreciación ciertamente justa, si no se echa en olvido que para convertirse en fiel intérprete de la historia, Tucídides tuvo antes que trasladarla á su propia alma. Cada personaje de la obra es un verdadero carácter, con individualidad tanto más clara y definida, cuanto más importante es el papel que desempeña en la acción principal; y si maravillosa es la habilidad con que el historiador condensa en pocas palabras la descripción de los caracteres de algunos personajes, como Temístocles, Pericles, Brásidas, Nicias y Alcibiades, lo es más la delicadeza con que los ha dibujado, examinando bajo todos aspectos sus acciones y analizando los móviles que en ellas les guiaban ¹⁾).

Ahora bien: en ninguna parte de su *Historia* se manifiesta con mayor claridad y precisión que en las arengas—la mayoría de las cuales son de su propia cosecha ²⁾—el propósito de Tucídides de descubrir las más recónditas raíces de los acontecimientos de la guerra. Es indudable que estos discursos puestos en labios de un orador, son más naturales en un historiador de la antigüedad que lo serían en un historiógrafo moderno. Los discursos pronunciados en las Asambleas públicas, en los Consejos federales ó ante el ejército, eran á menudo, por las consecuencias que acarreaban, acontecimientos demasiado importantes y públicos, para que nada, si no era la limitación de la memoria humana, impidiera

¹⁾ Marcelino llama á Tucídides δεινὸς ἱστορογραφῆσαι; como Sófocles era conocido entre los poetas por el ἡδοποιεῖν.

²⁾ [El programa de H. Steinberg, *Beiträge zur Würdigung der Thukydideischen Reden*, Berlin, 1870, contiene un examen detenido de estos discursos, bajo el punto de vista retórico.]

conservarlos y transmitirlos. Agréguese á esto, que los griegos, gracias á la pasmosa facilidad con que retenían en la memoria no sólo el fondo si no también la forma de los discursos, habíanse acostumbrado, no ya á transmitir el asunto con referencia á lo dicho por otra persona, sino á presentar hablando al orador; así los *Diálogos* de Platon, por ejemplo, son en su mayoría, *diálogos referidos*. Como era natural que el narrador supliera pasajes que no hubiese podido conservar bien en la memoria, con otros de su propia invención; como además Tucídides no recibía siempre noticias perfectamente fieles de los discursos; y como tampoco podía reproducir con completa fidelidad las arengas por él mismo oídas, el historiador manifiesta su propósito de sujetarse todo lo posible á cuanto se le había transmitido, y el de que cuando no pudiera hacer esto, haría hablar á los personajes de la manera más conforme á la situación en que se encontraran ¹⁾. Hay, sin embargo, que ir más allá que Tucídides, y concederle en el empleo de las noticias que se le comunicaban mayores libertad é independencia de las que él mismo creía tener. Sus arengas son siempre ni más ni menos que la suma de los motivos que determinaron la realización de los sucesos importantes; y estos motivos están sacados de las opiniones y sentimientos de los individuos, partidos políticos ó Estados que fueron actores en los acontecimientos. Así es que recurre á estos discursos siempre y cuando estima necesario exponer los dichos motivos ó causas; y cuando los cree supérfluos ó inútiles los suprime. Inférese necesariamente de todo lo dicho, que las arengas que Tucídides intercala en su *Historia* deben ser resúmenes de cosas dichas en ocasiones distintas. Sólo así se explica que se hallen consignadas en los discursos pronunciados por Cleon y por Diodoto en la segunda deliberación celebrada por la Asamblea popular de Atenas para resolver sobre la suerte de Mitilene, las opiniones de los partidos contrarios: el de la severidad tiránica y el de la clemencia; pues si bien en ella se adoptó la resolución que al fin había de llevarse á cabo, Cleon había pronunciado ya la víspera otro discurso que determinó la aprobación del primer decreto contra los mitileneos ²⁾, y sin duda en este primero dijo cosas que el historiador incluye en el pronunciado en la segunda delibera-

¹⁾ τὰ δέοντα μάλιστα, Tucídides, 1, 22.

²⁾ Tucídides, 3, 36.

ción ¹⁾). Hay un pasaje en su *Historia* donde Tucídides inserta un diálogo en lugar de un discurso ²⁾, porque las circunstancias repugnaban una arenga pública; es, á saber, en las negociaciones de Atenas con el Consejo de Melos, antes de que los atenienses arremetieran contra esta isla dórica después de la paz de Nicias. Y es que al autor le importaba sobre todo hacer ver en este sitio, el punto á que habían llegado los atenienses en su política egoísta y tiránica para con los Estados más débiles ³⁾.

Inútil es decir que no hay que aguardar ver en las arengas de Tucídides una imitación mímica de la manera de hablar de los diversos pueblos é individuos; porque tal intento habría hecho perder á la obra su unidad de tono y colorido. El historiador acentúa las cualidades características de las personas á quienes hace hablar, sólo cuando se lo consienten las leyes generales de la manera por él iniciada de escribir la historia; al exponer las opiniones de aquellos personajes, tiene en cuenta sus caracteres respectivos no sólo por el fondo de sus discursos, sino también por el modo con que enlaza y desarrolla los pensamientos ⁴⁾. Así en el libro primero, muestra á los habitantes de Corcira, insistiendo constantemente en la utilidad recíproca de su alianza con Ate-

¹⁾ Á menudo también, los discursos están estrechamente relacionados entre sí, cuando en realidad no podían en manera alguna estarlo. El discurso de los corintios, I, 120 y ss., es en cierto modo una réplica al pronunciado por Arquidamo en la Asamblea popular de Esparta, y al pronunciado por Pericles en Atenas, por más que los corintios no habían oído ninguno de los dos. Explícase, sin embargo, esta relación, si se tiene en cuenta que el discurso de los corintios expresa las esperanzas que de alcanzar la victoria abrigaba una parte de los peloponenses, y que los de Arquidamo y Pericles, aunque partiendo de puntos de vista distintos, denuncian la desventajosa situación del Peloponeso. Véase también lo que en el cap. XXXI queda dicho acerca de los discursos que Tucídides pone en labios de Pericles, [y Roscher, *op. cit.*, p. 144—176].

²⁾ [5, 85—114.]

³⁾ Dionisio, *De Thucyd. iudic.*, c. 38, p. 910, dice que las máximas aquí desenvueltas eran propias de bárbaros, pero no de atenienses, y por ello censura acremente á Tucídides. Sin embargo, aquellas máximas no eran ni más ni menos que los principios fundamentales de la política de Atenas, que los sofistas sabían ennoblecer.

⁴⁾ [Sobre esto dice con mucha razón Böckh, en la *Encyklopädie und Methodologie der philologischen Wissenschaften*, p. 655: «Su estilo es el resultado de una educación retórica, de que apenas podemos nosotros formarnos idea; los artísticos discursos de sus personajes están compuestos también con arreglo á diversos estilos retóricos».]

nas, y á los Corintios, procurando mantener á salvo su dignidad, el ejemplo de la moderación y noble sencillez de Arquidamo y la presuntuosa confianza en sí mismo del éforo Stenelaidas, espartano vulgar. Por otra parte, el tono de sus discursos, la proligidad de Arquidamo, por ejemplo, y la concisión de Stenelaidas, cuadran perfectamente al fin respectivo de los mismos y á las ideas capitales que en ellos se desenvuelven. Como en todas las demás el objeto que perseguía Tucídides al componer estas arengas, fué señalar las causas que determinaron la conducta de los personajes y dar lugar á que estas opiniones se produjeran por sí mismas, se confirmaran y se justificaran. El historiador hace todo esto con tanta verdad, sabe identificarse tan bien con los personajes que presenta, adoptar su manera de ver las cosas, prestar á sus propósitos y sentimientos tan buenas razones, que podemos persuadirnos de que los mismos personajes, bajo el influjo inmediato de sus propios intereses y pasiones, no habrían podido defender mejor sus causas respectivas. Hay que confesar, sin embargo, que esta admirable facilidad del historiógrafo tenía su raíz en las escuelas de los sofistas, donde se aprendía á defender á un tiempo las causas más contrarias. Pero el empleo que Tucídides hizo de este arte era ciertamente el más saludable y mejor que puede imaginarse; y hay que reconocer que la verdadera historia sería imposible sin esta facultad del historiador de defender y en cierto modo justificar las opiniones más opuestas; pues sólo aceptando por un momento la opinión del adversario, puede comprenderse y determinarse cuál sea su fundamento y lo que en ella haya de acertado y razonable. De este modo expone Tucídides los móviles que impulsaban á los de Atenas en su conducta egoísta para con los aliados, con tal lógica, que el lector casi se siente obligado á reconocer por buenos sus argumentos. En una serie de discursos dispersos en diferentes partes de su *Historia*, pero relacionados unos con otros de manera que aparece palpable que en ellos se van desenvolviendo y confirmando aquellos principios de tiranía y egoísmo, los atenienses demuestran que no han conquistado su poder por la violencia; que la fuerza de las circunstancias les obligó á darle la forma de un protectorado; que en el actual estado de cosas no pueden renunciar á la supremacía sin arriesgar su propia existencia; que habiéndose convertido aquel protectorado en tiranía, no había otro remedio que el de mantenerla con severidad y rigor; y, finalmente, que la humanidad y la equi-

dad sólo pueden ser invocadas por un igual que se hallara en condiciones de recompensar los beneficios recibidos ¹⁾. En el diálogo con los de Melos, invocan luego los atenienses el derecho del más fuerte como ley natural y universalmente acatada, para fundar en ella sus pretensiones á la sumisión absoluta é incondicional de los melios: «Nosotros no pedimos ni hacemos», dicen, «nada que no esté conforme con lo que los hombres piensan de los dioses y piden para ellos mismos; pues como lo creemos de los dioses, así vemos claramente que los hombres que poseen la fuerza se ven obligados por exigencias de la naturaleza á regir y gobernar. No somos ciertamente los primeros que establecemos ó aplicamos esta ley; y si la hemos recibido ya como ley establecida y proclamada, y la hemos de legar para siempre á nuestros descendientes, procuraremos observarla también nosotros, con tanta más razón cuanto que sabemos que si vosotros y cualesquiera otros tuvieséis esta misma fuerza, obraríais de igual manera» ²⁾. Ahora bien: estos principios con arreglo á los cuales habían obrado los griegos, y otros pueblos antes que los griegos, siquiera fuese encubriéndolos con una máscara de equidad y de justicia, están expuestos en este diálogo por el gran historiógrafo con tal frialdad y calma, sin la menor alusión á sus propios sentimientos, que el lector casi se inclina á creer que Tucídides, discípulo al fin y al cabo de los sofistas, no reconocía en política otro derecho que el derecho del más fuerte. Pero evidentemente hay una profunda diferencia entre el modo de pensar y de obrar que Tucídides presenta con la mayor sencillez como el que prevalecía en Atenas, y las convicciones del historiador en punto á lo que convenía á la humanidad en general y en particular á sus conciudadanos. Que Tucídides, á fuer de hombre probo y moral, no aprobaba las tendencias y opiniones de su época, se infiere de la pintura animada y completa que hace de todas las transformaciones que, después de los primeros años de la guerra, sufrieron en su vida política los diversos Estados, merced sobre todo á las luchas intestinas de los partidos; lejos de esto, niega

¹⁾ Tucídides, 3, 37—40. Ciertamente esto lo dice Cleon, que en este caso sucumbe al esfuerzo del partido más templado de Diodoto; pero la excepción que en favor de los mitilíneos hacen, por humanidad, los atenienses, es una simple y única excepción; mientras que, en general, continúan prevaleciendo las tendencias de Cleon en la política exterior de Atenas.

²⁾ Tucídides, 5, 105, según la bien fundada interpretación de Arnold.

que fuera una transformación saludable, el que «la sencillez, elemento esencial de un carácter noble, sea ridiculizada y desterrada del mundo» ¹⁾. El elogio de la democracia y de la vida ateniense que se halla muy principalmente en la oración fúnebre de Pericles, está bastante mitigado, en parte por el juicio que el historiador emite sobre el gobierno de los Cinco Mil, el mejor, á sus ojos, que Atenas había tenido en su tiempo ²⁾, y en parte también por la observación que como de pasada hace acerca de los lacedemonios y los habitantes de Chíos, «únicos de quienes tiene noticia que habían sabido unir á la fortuna, la reflexión y la templanza» ³⁾. En general, debe establecerse la conveniente distinción entre las convicciones y el sentido moral de Tucídides, y el amor á la verdad que le movía á pintar el mundo y las cosas tal cual entonces eran. Y no hay que regatearle sentimientos religiosos profundamente arraigados en el alma, porque se propusiera presentar los sucesos en sus relaciones puramente humanas y contar con las creencias de los personajes históricos como motivos que determinaran su conducta, sin imponer á los acontecimientos las suyas propias. Tucídides deja á un lado, como perfectamente extrañas á la historia, la religión, la mitología y la poesía ⁴⁾; con razón, pues, podría llamársele el Anaxágoras de la historia, porque así como el físico jónico separó el *nous*, de las fuerzas que obran sobre el mundo material, el historiador separa las cosas divinas, de la cadena de causas que influyen en la vida humana.

El estilo y la dicción de Tucídides están ligados demasiado íntimamente con la índole de su historiografía, y tienen un sello demasiado peculiar y característico, para que, no obstante los estrechos límites en que ha de encerrarse esta obra, podamos abstenernos de señalar al lector los rasgos originales.

Para determinar el punto de vista en que hay que colocarse á fin de comprender bien la originalidad de este estilo, bastará con

¹⁾ τὸ εὐχρῆδες, οὗ τὸ γενναῖον πλεῖστον μετέχει, καταγελασθὲν ἡφανίσθη.

²⁾ Tucídides, 8, 79.

³⁾ Tucídides, 8, 24: εὐδαιμονήσαντες ἅμα καὶ ἐσωφρόνησαν.

⁴⁾ Claramente puede demostrarse que Tucídides miraba con demasiado desdén la antigua civilización helénica: toda la primera parte del libro I, la verdadera introducción, escrita para corroborar una tesis general que defiende el historiador, no muestra la sencillez en la exposición que resalta en casi toda la obra. [Véase el notable trabajo de U. Köhler sobre la arqueología de Tucídides, en las disertaciones publicadas en honor de Th. Mommsen.]

que recordemos que el gran historiógrafo unía á la elocuencia concisa y rica en ideas de Pericles, el estilo severo y de sabor arcaico, de la retórica de Antifon.

En el empleo de los vocablos, el historiador observaba la exactitud y precisión que en general distinguieron á todos los grandes escritores de aquella época; si bien á las veces degenera en verdadera manía de establecer distinciones, como lo hacía Pródico, entre palabras perfectamente sinónimas ¹⁾.

Á esta exactitud en el lenguaje va unido un vocabulario riquísimo que Tucídides, como Antifon, aumenta aún más empleando gran número de voces poéticas anticuadas, no para engalanar su oratoria, como Gorgias, sino porque el lenguaje de entonces sancionaba el uso de estas frases vigorosas y de gran colorido que impresionan fuertemente al que las lee ó las escucha ²⁾. Por lo que hace al dialecto, fué más fiel á las antiguas formas áticas de la tragedia, que los mismos poetas cómicos de su tiempo ³⁾.

Por otra parte, la libertad arcaica en la construcción, en general más propia de la poesía que de la prosa, ofrecía al historiador el medio de formar asociaciones de ideas más claras y precisas que si se hubiera sujetado á la regularidad absoluta de las construcciones, y sin necesidad de recurrir á vocablos innecesarios, que por añadidura entorpecerían la marcha desembarazada y fácil del discurso; ejemplo de ello es la libertad de construir sustantivos verbales, exactamente lo mismo que los verbos de que se derivan ⁴⁾. Este y otros recursos, dan al lenguaje de Tucídides aquella *rapidez en el significado*—así la llamaban los antiguos—⁵⁾, que sorprende y maravilla. En ella, más bien que en la supresión de pormenores, estriba sobre todo la concisión de su estilo.

En el orden de colocación de las palabras, el historiador se

¹⁾ 1, 69. 2, 62. 3, 39. [Véase la nota 1 de la pág. 344 del presente tomo.]

²⁾ Más tarde estas expresiones, que habían acabado por ser desterradas del lenguaje vulgar, se llamaron *γλώσσαί*; y esto explica por qué Dionisio se lamenta tanto del *γλωσσηματικόν* del estilo de Tucídides.

³⁾ Véase el final del cap. XXVII.

⁴⁾ Tal es el origen de giros como *ἡ οὐ περιτείχισις*, esto es, la circunstancia de que una ciudad enemiga no estuviera circuida de murallas; *τὸ αὐτὸ ὑπὸ πάντων ἰδίχ δόξασμα*, el caso en que todos defienden mentalmente la misma opinión; *ἡ ἀκινδύνως δουλεία* (lo cual no es exactamente lo mismo que *ἀκίνδυνος*), una esclavitud en la cual se vive tranquila y cómodamente.

⁵⁾ *τάχος τῆς σημασίας*. [Dionisio de Halicarnaso, *Ép. ad. Amm.*, II, 2; véase también *De Thucyd. iudic.*, c. 24, a, E. *τὸ τάχος τῆς ἀπαγγελίας*.]

permite también licencias en general sólo toleradas á los poetas; pero no las emplea sino como medio de hacer resaltar el pensamiento con mayor precisión y claridad. Esta libertad le permite, en efecto, bien colocar al principio de la cláusula las palabras en que desea insistir ¹⁾, bien ordenar las ideas, sujetándose menos á las leyes de la construcción gramatical que á sus vínculos naturales ó al contraste en que se hallan ²⁾.

En el enlace de las oraciones, su tendencia á la claridad de la expresión, engendra cierta aspereza y desigualdad ³⁾ que contrastan con la delicadeza del estilo de los últimos tiempos. Desenvolviendo su pensamiento por partes, y queriendo dar á cada una de estas partes la importancia que le corresponde, no sólo no evita siempre el empleo de formas gramaticales distintas (casos ó modos), en miembros correspondientes de la oración ⁴⁾, si no que trastorna de improviso la estructura gramatical ⁵⁾.

La estructura de los períodos de Tucídides, como la de Antifon, ocupa el punto medio entre el débil enlace de las oraciones que caracterizaba á los escritores jónicos, y el estilo periódico que más tarde se desarrolló en Atenas. La mayor fuerza y energía en la combinación de pensamientos, que sobre todo resaltan en la determinación de resoluciones y actos, se manifiesta igualmente por medio de combinaciones más complicadas de oraciones gramaticales. Estas combinaciones, sin embargo, no constituyen cuerpos de miembros proporcionados, de movimientos fáciles y expeditos, si no que son conjuntos, en los cuales la idea principal atrae y encadena á su alrededor multitud de pensamientos secundarios. En Tucídides hallamos dos clases de períodos que caracterizan igualmente su estilo: en unos, que podríamos denominar períodos descendentes, la acción, esto es, el resultado, está al princi-

¹⁾ Como en 1, 93: *τῆς γὰρ θαλάσσης πρῶτος ἐτόλμησεν εἰπεῖν ὡς ἀνδεκτέα ἐστίν*.

²⁾ Como en 3, 39: *μετὰ τὸν πολεμικῶν ἡμᾶς στάντες διαφθεῖραι*, donde las dos palabras en que el autor desea insistir principalmente se hallan juntas, para que resalte más el contraste.

³⁾ *ἀνωμαλία, τραχυτής*.

⁴⁾ Por ejemplo, cuando se enlazan por medio de *καί* dos construcciones de casos distintos, como fundamento de una acción; ó cuando á continuación de la misma partícula condicional ó final, pone primero el subjuntivo y luego el optativo, donde la diferencia es clara y manifiesta.

⁵⁾ El *σχῆμα πρὸς τὸ σημαίνόμενον*, como el *ἀπὸ κοινοῦ*, es muy usado por Tucídides.

pio y va seguida inmediatamente de las causas ó motivos, expresados estos últimos por proposiciones causales ó participios, apoyados á su vez por formas y proposiciones análogas ¹⁾; la segunda clase, el período ascendente, comienza con las causas ó motivos, de los cuales se deducen todo género de consecuencias, y termina frecuentemente—tras larga cadena de deducciones—con el resultado, que es una resolución ó la acción misma ²⁾. Ambas clases de períodos exigen para ser comprendidos un esfuerzo del lector, y se han de leer más de una vez si se quiere comprender bien su estructura; por medio de determinados análisis pueden hacerse estos períodos más fáciles é inteligibles; y el que haya vencido todas las dificultades no podrá menos de confesar que la forma escogida por el gran historiógrafo ateniense, muestra con la mayor precisión posible la unidad de pensamiento, esto es, la cooperación de todos los miembros para llegar á un resultado fijo.

Esta clase de construcción gramatical es característica del estilo histórico de Tucídides, el cual, á su vez, tiene de común con los demás escritores de su época, la simetría verdaderamente arquitectónica que reina en sus discursos, gracias á la disgregación y contraste de las ideas y á la comparación y distinción de los vocablos, que producen en la dicción y aun en el mismo sentido de las frases, una especie de balanceo. Como ya hemos dicho, hablando de Antifon, este estilo antitético no es por naturaleza hueco, si no que es un producto de la penetración y sutileza del ingenio del pueblo de Atenas; mas no puede negarse que bajo la influencia de la retórica de los sofistas no tardó en degenerar en amanerado y convencional. El mismo Tucídides abunda de tal suerte en artificios de este linaje, que á menudo no sabemos qué admirar más, si la sutileza de análisis en las ideas ó la elegancia arcaica de su estilo; sobre todo cuando á las relaciones y la-

¹⁾ Ejemplos 1, 1. (Θουκυδίδης ξυνέγραψε), 1, 25, (Καρίνδιοι δὲ κατὰ τὸ δίκαιον ἔρχοντο πολεμεῖν), y en otros muchos pasajes.

²⁾ Ejemplos 1, 2 (τῆς γὰρ ἐμπορίας), 1, 58 (Ποτιδαῖαται δὲ πέμψαντες), 4, 73, 74 (οἱ γὰρ Μεγαρήες ἔρχονται). Es grandemente interesante ver cómo Dionisio *De Thucyd. iudic.*, p. 872, somete á su crítica uno de estos períodos ascendentes, y lo resuelve en forma más agradable é inteligible, pero menos vigorosa, tomando de el medio algunas cláusulas subordinadas, y agregándolas, por vía de apéndice, al fin. Antifon se asemeja también mucho en este punto á Tucídides, como, por ejemplo, en la frase de la *Tetral.*, I, α, § 6: ἐκ πάλαιού γὰρ κ. τ. λ.

zos que unen las ideas, se agregan las galas puramente externas de los isócola, homeoteleuta, parequesis, etc. ¹⁾.

Además Tucídides, como Antifon, no conoce todas esas irregularidades del estilo que nacen de la pasión ó del disimulo. Su estilo revela siempre una placidez sólo comparable á la que se retrata en los semblantes de los dioses y de los héroes salidos de la escuela de Fidias. Mas no es éste un defecto del discurso, si no antes bien una ley de dignidad que reina en toda expresión, y que obliga al que habla á conservar un tono moderado aun en los momentos más peligrosos que necesariamente habían de provocar todo linaje de pasiones, desde el temor y el furor hasta la ira y el odio, y á limitarse á la exposición serena y templada de lo que debe decir. ¡Qué apasionadas declaraciones no habría puesto un retórico de los últimos tiempos en boca de los tebanos y plateos, cuando éstos son retados á vida ó muerte por aquéllos ante el tribunal espartano! Tucídides, en cambio, se limita á poner en sus labios este sublime apóstrofe: «Cómo, ¿no habéis realizado un crimen horrible?» ²⁾.

Comparando estos discursos con los de Lisias, por ejemplo, fácilmente puede imaginarse cuán extraños debieron parecer á los atenienses, que habían perdido ya el hábito de consagrar tan esmerada atención á las producciones de la poesía y de la prosa, el estilo y la elocuencia de la obra del gran historiador, nutridos de ideas y de giros difíciles de comprender bien si no se leen con gran cuidado. Cratipo, continuador de Tucídides, tenía quizá mucha razón al decir que si el octavo libro no contenía también discursos, era porque el autor se había convencido de que no cuadraban al gusto de la época ³⁾. En efecto: las arengas entonces,

¹⁾ Como cuando Tucídides, 4, 61, dice: οἱ τ' ἐπίκλητοι εὐπρεπῶς ἄδικοι ἐλθόντες εὐλόγως ἄπρακτοι ἀπίασιν, esto es: «así, los que con buenas apariencias, pero injustamente, hubieran sido llamados aquí, serán despedidos con buenas razones y sin haber conseguido su objeto.» Encontramos otros ejemplos análogos en los pasajes 1, 77, 144. 3, 38, 57, 82. 4, 108. Los antiguos retóricos hablan á menudo de estos σχήματα τῆς λέξεως de Tucídides; Dionisio los encuentra μειρακιώδη, puerilia. Véase Aulo Gelio, *Noct. att.*, 18, 8.

²⁾ Πῶς οὐ δεῖνὰ εἴργασθε; Tucídides, 3, 66. Encuéntrase más animación y movimiento en el discurso de Atenágoras, jefe del partido democrático de Siracusa, lo cual hizo probablemente Tucídides, para caracterizar mejor al orador, 6, 38, 39.

³⁾ Cratipo en Dionisio, *De Thucyd. iudic.*, c. 16, p. 847: τοῖς ἀκούουσιν ὀχληρὰς εἶναι. [Según el testimonio de Marcelino, § 33, Cratipo era posterior al retórico

debían producir en Atenas la impresión que más tarde Ciceron explicaba á los romanos, comparando el estilo de Tucídides con el viejo, ácido y espirituoso Falerno ¹⁾. Por otra parte, este estilo no era más inteligible para los griegos y los romanos que para los helenistas modernos; y cuando Ciceron dice de los discursos de su *Historia* que son apenas inteligibles ²⁾, la filología moderna puede muy bien enorgullecerse de que sean muy escasos los pasajes de aquellos discursos cuyo sentido no ha podido aún descifrar.

Zopiro de Clazomene, el cual floreció hacia el año 270 a. Chr. Véase respecto de él á C. Müller, *Fragm. hist. graec.*, tomo 2, p. 75 y ss.]

¹⁾ Ciceron, *Brutus*, 83, 288.

²⁾ Ciceron, *Orat.*, 9, 30: *Ipsae illae (Thucydidis) conciones ita multas habent obscuras abditasque sententias, vix ut intelligantur.* [Véanse además, *Brutus*, c. 7, 29, y Dionisio, *De Thucyd. iudic.*, c. 51. La opinión de O. Müller, defendida también por Classen, la tiene Steinberg, sin duda con razón, por demasiado optimista.]

CAPÍTULO XXXV

Nuevo cultivo de la oratoria por Lisias.

Terminada la guerra del Peloponeso, después de los inmensos esfuerzos y la terrible caída del poderío ateniense, hubo un período de agotamiento y de reposo. La libertad y la democracia fueron restablecidas por Trasíbulo; pero Atenas no era ya la capital de un gran Imperio, la señora de los mares y de las costas; y sólo gracias á la prudencia y habilidad de Conon para con los persas, recuperó una pequeña parte de su antigua supremacía. Las artes plásticas, que tanto habían brillado bajo el gobierno de Pericles y con el cincel de Fidias, faltas del genio emprendedor que en otra época las vivificara, no pudieron echar nuevos retoños hasta que, en la generación siguiente, á partir de la 102.^a Olimpiada, 372 a. Chr., brillan con esplendor nuevo merced á los esfuerzos de la segunda escuela ática de Praxiteles. La poesía, por su parte, degeneraba gradualmente en retórica sutil, hueca y rimbombante, como lo demuestran la tragedia y el ditirambo de la época. Los arranques sublimes, el noble sentimiento de la propia grandeza, el vigor y la energía en el esfuerzo, parecían desterrados del arte como lo estaban de la vida.

Y sin embargo, en esta época de postración y acabamiento, la prosa, libre ya de las trabas que hasta entonces la sujetaran, emprendió un nuevo y más desembarazado rumbo que debía conducirla á la perfección y desenvolvimiento total. Lisias é Isócrates, los dos jóvenes que en el *Fedro* de Platon compara entre sí Sócrates, para censurar severamente al primero y cifrar en el segundo las más lisonjeras esperanzas, siguiendo caminos diversos é iniciando felices innovaciones, dieron á la oratoria una forma completamente nueva.